

en estas altas cumbres, entre la azul pureza de los cielos y la blanca pureza de las nieves eternas, aquí á do no llegan la miseria y el fango de la hondura donde la humanidad desatentada bulle entre odios, rencores y vergüenzas! . . .

" . . . —Ante ellos, pues, quienes por su ventura espectadores son de este portento consolador, ¡una rodilla en tierra, y los brazos abiertos!

" . . . —¡Llegan los Grandes, entre tantas grandes é ilustres *Sombras*, á presidir la justa de Amor y Sentimiento! . . .

" . . . —¡La diestra á la visera, oh hijos y herederos de la inmensa Aventura! . . .

" . . . —¡Llor eterno á los guerreros y enemigos de ayer, que al volver á esta tierra de sus eternas glorias, vuelven unidos en nombre de la Paz y la Concordia! . . .



¿El genio es por ventura  
Un signo de expiación sobre la tierra?

Justo Sierra.



Cap. XVI

## CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO Y ÚLTIMO

DE LA LLEGADA Á LA GRAN CIUDAD DE MÉXICO,  
Y LAS COSAS QUE ALLÍ NOS ACAESÇIERON  
E QUE PONEN FIN Á ESTE LIVRO



Al llegar á este punto de nuestra relación, se impone la necesidad de condensar en las menos páginas posible lo que nos queda por decir del viaje.

También fué dura la jornada bajando del Volcán, y llegamos á Amecameca en estado verdaderamente deplorable, que hizo de todo punto necesario tomarnos un descanso fuera programa.

Y esto nos brinda la ocasión de rectificar en cierto modo algo á que hicimos referencia en páginas pasadas y que nos tiene há rato en la inquietud de un ténue pero efectivo remordimiento:

Entendemos y queremos decir de aquellas quejas sobre la jugarreta de Tlamacas. Y á ella precisamente somos deudores del descanso de Ameca; pues, debido

á la falta de provisiones comestibles, empleamos menos tiempo del previsto para la ascensión al Popocatepetl, pudiendo, en consecuencia, abrir un paréntesis de reposo en el itinerario sin que éste se resintiese en lo más mínimo.

Con lo cual se documenta la verdad que encierra el dicho de „no hay mal que por bien no venga“, y se estimará justo que ante este consuelo atenuemos el rigor de las frases dedicadas al „trastorno“ que sufrió el enviado de Tlamacas. . .



Por Ayapango, Ayotzingo, Tetelco y Tulyehualco, bordeando la llanada que antes era el gran lago de Chalco y es hoy rica campiña, llegamos á Tlahuac, de los alrededores pintorescos, de bellas perspectivas sobre el lago de Xochimilco.

Después, Ixtapalapa, donde el Conquistador viera grandes portentos en jardines y baños de que hoy no queda rastro ni memoria.

Y el día y á la hora prefijados desde hace un mes exacto que comenzamos nuestra *Ruta*, llegábamos á las puertas de Méjico, donde otros dirán los agasajos que harto nos compensaron de la enorme fatiga de la empresa.



Dijo EL HERALDO:

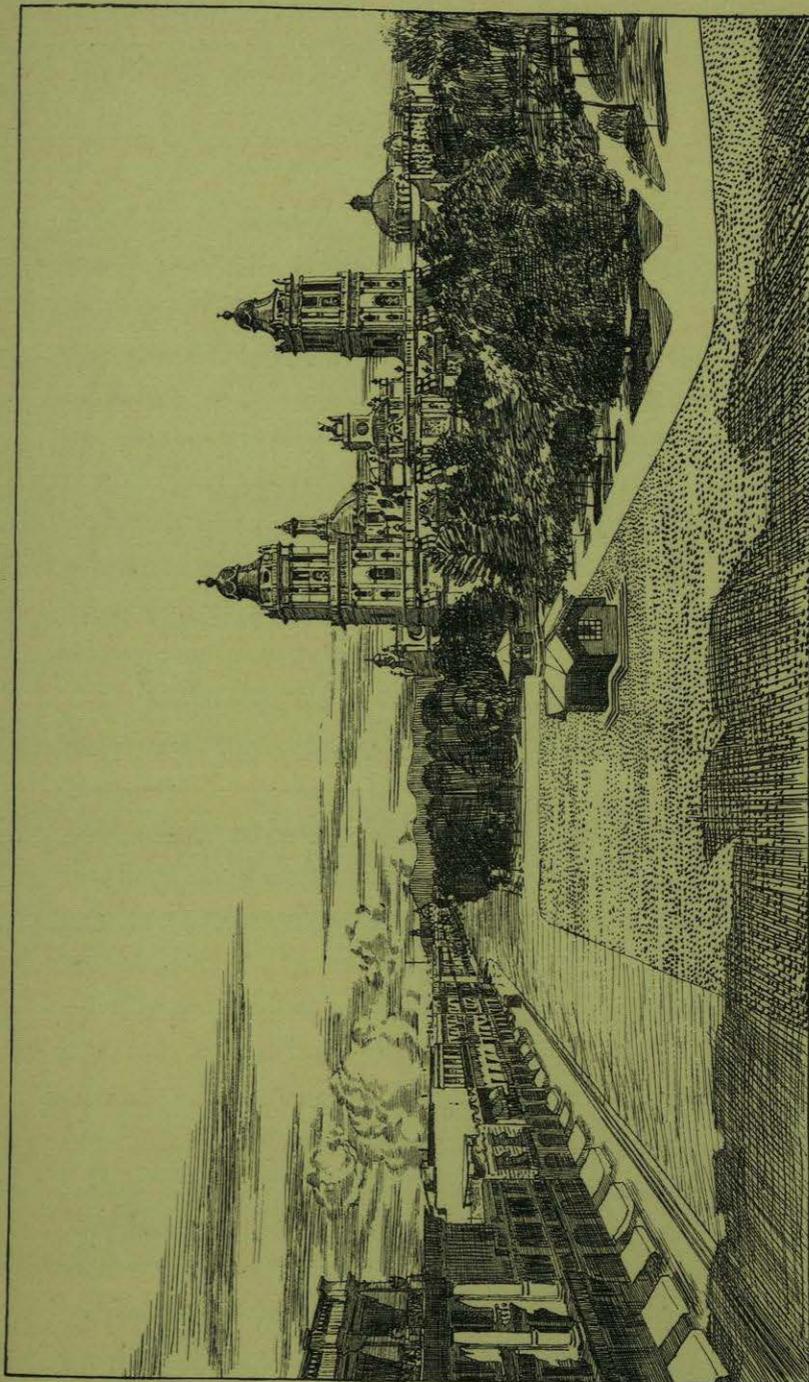
«...Sabíamos por un telegrama puesto en Amecameca, que los dos españoles, después de ascender al Popocatepetl, se encontraban en aquella población de donde tomarían el camino para esta ciudad pasando por Ixtapalapa.

Nos propusimos que *El Heraldo* fuera el primer periódico que diese la bienvenida á los atrevidos iberos que con tanta dificultad y penalidades han atravesado cuatro Estados de la República, por caminos casi inhallados desde la Conquista, como un homenaje de atención y cariño para los mexicanos.

Pensamos ir al encuentro del finado Hernando Cortés, aventurero y caballeresco, que vió centellear el sol de Anáhuac en el pulido metal de los cascos y corazas de sus legiones. La evocación de las proezas legendarias, ya sepultadas por cuatro siglos de progreso y cultura, nos animaba á buscar en la intención de estos bravos muchachos, una renovación de aquellos conquistadores tenaces y valientes que ponían, como el poeta, su fe en Dios y el corazón en las estrellas y que marchaban á la esperanza sin más guía que el valor y sus espadas.

Y nosotros marchamos al encuentro de los dos actuales conquistadores.

Los primeros destellos del alba brillaban en las montañas lejanas con ténues claridades, mientras el



CATEDRAL DE MÉJICO

automóvil corría dando tumbos sobre hoyancos y surcos, por caminos imposibles, más allá de Ixtapalapa, dejando atrás el histórico cerro de la Estrella.

Los últimos informes recogidos nos aseguraban que los dos periodistas no habían llegado á Ixtapalapa y que seguramente venían por el camino de Amecameca.

Corrimos así, á campo atraviesa, tres, cuatro, seis kilómetros, y nuestra vista no alcanzaba á distinguir en el horizonte ilimitado, señales de la caravana triunfal que encabezaban nuestros amigos.

Al fin, desanimados de encontrarlos é imposibilitados de continuar adelante por camino tan atroz, emprendimos el regreso á Ixtapalapa cuando el sol enviaba con sus primeros rayos su cálida caricia á los campos y á las frondas. Pero allí, nuevos informes nos enteraron que los periodistas venían ya camino de la capital.

Entonces principió la persecución ansiosa, desatentada, loca. ¿Llegaríamos los primeros? ¿Daríamos alcance á los misteriosos fugitivos que parece ponían empeño en ocultarse de nosotros?

La máquina, como enloquecida, corría por el camino fangoso, saltando baches y resoplando furiosamente.

¡Ixtacalco! Vertiginosamente atravesamos el pueblo, y á la salida, lejos de nosotros, vimos una cabalgata

que marchaba al trote. Entre los uniformes oscuros de los soldados resaltaba la blancura de los que vestían nuestros dos colegas.

¡Alto! ¡Buenos días! Los periodistas, afectuosos, nos tendieron las manos, y la cámara fotográfica copió el grupo de los atrevidos excursionistas.

Vestían de piqué blanco, con cachuchas de la misma tela y polainas de cuero amarillo.

Seguimos con ellos en animada plática, oyendo los relatos de sus frescas aventuras, de las peripecias del largo viaje.

Y allí, en pleno camino, escribiendo sobre la cabeza de las monturas, nos dieron sus breves impresiones que copiamos. . . .»

.....  
♦♦♦♦

De EL IMPARCIAL:

“ . . . Si amparados, como ellos han fingido imaginarse, vienen por la sombra del Conquistador, éste debe haberse sorprendido de encontrar á las puertas de la ciudad de México una comitiva tan brillante, que buenas muestras de cortesía daba en el recibimiento. Pues allí, en el camino de Tlálpam, estaban los señores licenciado Rafael Rebollar, Procurador de la República; doctor Porfirio Parra, Director de la Escuela Nacional Preparatoria, y D. José Casarín, los tres en representación de la Comisión Nacional del

Centenario; señores Gaspar Rivera, Francisco de la Vega y José A. Larín, en representación de la Junta Central Española del Centenario; señores José Valle Mestas, Pedro Carrandi, Emeterio Celorio, Blas Pahisa y Santos Sobrino, por el Centro Asturiano; don Miguel Varona, por el Centro Vasco; un grupo de estudiantes, por la Escuela Nacional Preparatoria y otros planteles profesionales; una música militar, gente del pueblo y un escuadrón de gendarmería montada.

Ninguna ceremonia: un saludo, y se emprende la caminata por las calles de San Antonio Abad hasta la Plaza de la Constitución, para entrar por la Avenida de San Francisco, al Casino Español.

La gente miraba aquel extraño cortejo, mitad civil y mitad militar, desfilando por las calles. . . .»

.....  
♦♦♦♦

Dijo EL DIARIO:

“ . . . Para entrar en la ciudad, el desfile se organizó yendo los dos periodistas á la cabeza, después su escolta, á continuación los carruajes con los comisionados, luego la Banda del 20 batallón, y cerrando el cortejo una escolta de la Gendarmería Montada.

Por las calles que recorrieron había mucha gente esperando el paso de los periodistas. Se les aplaudió mucho y ellos contestaban descubriéndose.

En las puertas del Casino Español, esperaban el

Presidente, Don José Sánchez Ramos, su Secretario, el señor Vizoso y un grupo de socios.

En el salón fué servido un *lunch*, habiendo tomado la palabra para darles la bienvenida el señor doctor Don Porfirio Parra, en nombre de la Comisión del Centenario...

El señor Ministro de España contestó, diciendo que aun cuando no quería usurpar los derechos de los dueños de la casa que eran en sí todos los españoles, él quería dar las gracias á la Comisión del Centenario y esperaba que la justicia se iría abriendo paso en la historia para llegar á la completa unión de mexicanos y españoles, como se iba logrando ya.

El señor Sánchez Ramos, tomó en seguida la palabra refiriéndose á lo que acababa de decir el señor Ministro de España: dijo que sentía que el jefe nato de la colonia delegara sus facultades; aludió á los vínculos que tenía contraídos en México, pues fué casado con una india, nada menos que con una hija del Benemérito Juárez, á quien había idolatrado con cariño entrañable, habiendo roto la muerte esos vínculos no há mucho tiempo. Agregó que aquí habían nacido sus hijos, y que, por lo tanto, quería á México como á su país. Propuso para terminar, que se brindara por el señor Presidente de la República, á quien se debía el triunfo de los dos periodistas viajeros... "

.....

De EL CORREO ESPAÑOL:

"... Cuando los dos periodistas españoles concibieron el proyecto de seguir el mismo camino que siguió Hernán Cortés desde Veracruz hasta Méjico, la idea pareció á todos original y simpática y desde luego mereció favorable acogida.

Pero el éxito de ese viaje ha superado á todo lo que pudiera esperarse, pues en todas las poblaciones que los expedicionarios han visitado, se ha desbordado el entusiasmo. Los mejicanos han fraternizado con los españoles para dar públicas muestras de regocijo; la turba estudiantil, por un movimiento espontáneo, ha salido á recibir á los periodistas, aclamándolos ruidosamente; los banquetes se han sucedido sin interrupción; la Prensa ha dedicado columnas y columnas á ponderar la importancia del viaje, y todo de consuno ha formado como una aureola de prestigio, de simpatía, de popularidad al hecho de que dos españoles sigan otra vez el mismo camino que siguió aquel grande hombre que traía nada menos que la civilización cristiana, el idioma, las costumbres, la definitiva personalidad latino-mejicana.

Compréndese fácilmente el gran entusiasmo que nuestros amigos han logrado despertar.

El Pueblo Mejicano, independiente, próspero, grande, respetado en todas partes, vuelve los ojos con júbilo á aquella brillante aurora de su vida. Aquella en

que, sobre las nevadas cimas de los montes, bajo el verde dosel de sus palmeras, lo mismo que en los zaguanes de sus casas y en lo más alto de las cúpulas de sus templos apareció la Cruz Redentora.

Estos dos españoles siguen el mismo camino que siguió Hernán Cortés, ¡pero en qué distintas condiciones! ¡Qué gloria tan inmensa, tan transcendental para este pueblo, resulta de la comparación entre los dos viajes! . . .

En aquel viaje alboreaba.

En éste se ha llegado al zenit de la grandeza y de la gloria.

Por eso, todos, absolutamente todos, mejicanos y españoles, sentimos algo que nos conmueve muy hondamente, muy fuertemente cuando vemos á nuestros dos compatriotas complaciéndose en hacer á caballo el mismo viaje memorable, el que dió un lugar de honor en la Historia Universal al gran extremeño Hernando Cortés.

.....  
 Ha estado admirablemente escogido el momento de esta expedición, porque cuando se conmemora en una nación el centenario de la Independencia, cuando esa nación está pletórica de vida y de cultura, cuando ni la más ligera nube aparece en el horizonte político, cuando todo sonríe y brilla bañado por el sol de la paz, entonces se puede bien hablar de conquistadores

sin excitar recelos ni molestias, porque la conquista más que tal conquista, parece felice fundación de una nacionalidad, de una nueva raza, resultantes de la sangre indígena y la española fusionadas al calor de la fe cristiana.

Y esa fué la obra de Hernán Cortés.

Ha estado bien escogido el momento histórico de exhumar la gran figura del héroe, porque aún no hace más que unos meses, la erudición de algunos doctos varones mejicanos buscaba cuidadosamente y encontraba los restos del Descubridor extremeño, y los encontraba á la luz de escritos y documentos que prueban el inmenso amor á Méjico que sentía aquel hombre, la sólida piedad de que estaba dotado y la caridad con que se ocupó de fundar un Hospital, que aun hoy mismo es modelo en su género.

Quien traía en su pendón escritas las palabras Amor y Caridad, no era el Atila devastador sino el misionero, el apóstol de una obra de paz y de grandeza.

Como el don de la oportunidad es el que adjudica los grandes éxitos humanos, de aquí esas ovaciones estruendosas, esa escolta militar concedida por el señor Presidente, esos públicos agasajos preparados y ofrecidos por las autoridades, esa importancia grandísima del viaje de los dos periodistas españoles.

.....